

**Eduardo Conesa**  
para El Cronista

El estado de la ciencia económica permite hoy día a los gobiernos asesorados por buenos economistas obtener simultáneamente estabilidad de precios, crecimiento económico con salarios reales en suba y pleno empleo. En nuestro país, los economistas del Gobierno son solamente capaces de conseguir lo primero, es decir la estabilidad de precios. Lo cual es muy meritorio e importante. Pero fallan lamentablemente en lo segundo y en lo tercero. Generan un crecimiento tipo *stop and go*, acompañado de rebaja de salarios y alta desocupación y cortes de rutas. Bastante raro. Y ya llevamos varios años con esta historia de resultados ambiguos. Para ponerlo en números, el PBI creció un 30%, pero la deuda externa en un 100% y el desempleo en un 200%. Así el "crecimiento" no vale. Si tenemos que calificar a los economistas del Gobierno por su desempeño profesional les tenemos que poner tres puntos sobre un total de diez. Es decir aplazarlos. De nada valen aquí los lauros de Chicago cuando hay cuatro millones de compatriotas buscando empleo. Ellos dicen ser "técnicos", pero no pueden conseguir el ansiado pleno empleo con crecimiento y salarios en alza. Y lo poco que consiguen, repito, es a costa del endeudamiento del país y de la venta masiva de activos al extranjero.

En rigor, la recomendación técnica-correcta que cabe en una situación de alto desempleo, con tendencias deflacionarias como la que vivimos, es una política monetaria activa para bajar las tasas de interés a un nivel cercano al

## Con estabilidad, hay que generar empleos en serio

estadounidense, junto con una simultánea flotación del peso. *Todo ello acompañado de austeridad fiscal para preservar la estabilidad de precios.* Ojo, esto es muy importante. La regla de la convertibilidad del uno a uno debe ser sustituida por la regla del *equilibrio presupuestario* y la prohibición tanto de la emisión de dinero para financiar el gasto público, como del endeudamiento del Gobierno, interno o externo, para financiar su gasto corriente. En esas condiciones, las bajas tasas de interés estimularán la inversión y por ende la creación de empleos. La flotación del peso estimulará tanto a la exportación como a la sustitución de importaciones, así como la creación de empleos en ambos sectores. Por su parte, el mayor valor del dólar estimulará la sustitución de insumos nacionales y bienes de capital producidos por trabajadores argentinos, en reemplazo de insumos y bienes de capital importados producidos por trabajadores extranjeros, que ahora son los verdaderamente "promovidos" por el dólar barato para importar. El sector de servicios no transables, que siempre es un sector seguidor y no líder en el desarrollo, seguiría los pasos de la industria y el campo en materia de creación de empleos. Con esta nueva política se promovería la demanda de trabajo nacional, y por lo tanto —una vez alcanzado el pleno empleo— vendría la suba de los salarios reales y la mejora de la dis-

tribución del ingreso nacional a favor del sector trabajo. Al materializarse el verdadero desarrollo terminarían ganando tanto los trabajadores como las empresas.

¿Cuál es la objeción de algunos economistas a este planteo? Objetan que la depreciación del peso, necesaria consecuencia de una política monetaria activa, rebaja el salario real.

Creo que esto es un error de concepto muy grave. Lo que reduce el salario real es la inflación, no la devaluación en sí. El salario real depende de la oferta y demanda de trabajo, no del tipo de cambio. Muy por el contrario, en nuestra propuesta de política económica alternativa, el salario real tiende a aumentar porque aumenta la demanda de trabajo. En el esquema actual de Cavallo y Fernández, el salario real tiende a bajar por el enorme desempleo que se provoca. Porque no hay suficiente demanda de trabajo por parte de las empresas. El desempleo no es más que "la" señal que da este modelo económico, advirtiendo que dentro de sus reglas de juego hay que bajar salarios nominales y reales. Por ello, los economistas defensores de este modelo son partidarios a ultranza de la "flexibilización laboral". Para que las empresas

puedan bajar los salarios nominales y los trabajadores no las puedan demandar por "injurias" a sus intereses. En definitiva, los economistas defensores del modelo son devaluacionistas, pero por la vía de la rebaja de salarios. Son lo que yo denomino "devaluacionistas del jurásico". En cambio la depreciación dólar, si no va acompañada de inflación, no rebaja los salarios. Al contrario, en todo caso los aumenta. En definitiva se trata de una controversia que puede dirimirse sencillamente sobre la base de las estadísticas. Ponemos en el eje horizontal el tipo de cambio real y en el vertical el salario real. Tomamos el período 1950 hasta 1993. (Ver el gráfico adjunto.)

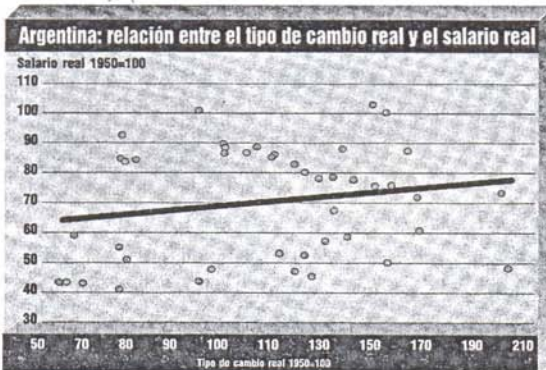
Vemos que no hay en realidad relación entre el salario real y el tipo de cambio real. El salario real no resulta afectado por la devaluación real del peso. Si existiese una relación, ella sería positiva como lo indica la línea de regresión que

sube de izquierda a derecha.

En mi libro *Desempleo, precios relativos y crecimiento económico*, Depalma, 1996, dedico todo un largo capítulo al tema y hago la prueba con datos semestrales, con distintas definiciones del tipo de cambio real y en todos los casos se confirma que no hay relación entre el tipo de cambio real y el salario real, y que —si la hubiera— es positiva: a un tipo de cambio real más alto, corresponde un salario real más alto. Con ello demostramos que nuestra propuesta es la progresista, además de poder entregar pleno empleo y verdadero crecimiento económico con alza de salarios. Por el contrario, el actual plan económico es reaccionario al divino botón al no poder entregar ni pleno empleo, ni suba de salarios reales, ni verdadero crecimiento económico. Y entregamos, en cambio, protestas y cortes de rutas. Y además dejamos una deuda externa y una desnaturalización de la economía innecesarias. Como lo demuestra el caso de Chile, que crea empleos, exporta capitales y crece simultáneamente. La chilena es sí buena política económica. ♦

EDUARDO CONESA es economista.

Copyright El Cronista



Las opiniones vertidas en esta sección, no necesariamente reflejan la opinión editorial de El Cronista.

